

UNAMUNO, MENSAJERO POÉTICO DE SALAMANCA

Interés didáctico de las estampas salmantinas

FERNANDO E. GÓMEZ MARTÍN
Facultad de Educación
Universidad de Salamanca

RESUMEN

Se cumplieron recientemente los cien años de la venida de don Miguel de Unamuno a Salamanca.

Al cabo de este centenario queremos rendir nuestro pequeño homenaje al rector del Estudio salmantino evocando las relaciones entre el escritor vasco y su tierra adoptiva.

Por otra parte, sugerimos el aprovechamiento didáctico en el aula de un buen número de páginas de recuerdos, andanzas, visiones y querencias íntimas dedicadas por don Miguel a la ciudad y al campo de Salamanca.

Niños y adolescentes de nuestra tierra pueden llegar a conocer literariamente a tan insigne escritor por medio de poemas y textos en prosa llamados a sellar con *letras de oro* la muy peculiar relación de Unamuno con los rincones y callejas de la ciudad, con las llanuras y cimas de *su* Castilla o con las verduras del Tormes.

El autor de *Niebla* es también el hombre volcado en el paisaje que lo mece, el paisano que se lanza en busca de las gentes sencillas del campo procurando, al menos, su *consuelo*.

Si la misión de *despertar al dormido*, ligada a obras mayores, queda especialmente reservada a los adultos, otros textos de don Miguel nos permiten llegar hasta los más jóvenes con versos y párrafos que hablan y cantan a los múltiples protagonistas de la intrahistoria.

De este modo, podemos dar cuenta, con diligencia y sencillez, de un autor ilustre al tiempo que conocemos creaciones literarias concordantes temáticamente con la realidad que nos envuelve.

La misma satisfacción halagadora que sentía Unamuno charlando con los viejos campesinos o leyendo a los gañanes consejas, cuentos y poesías, puede continuar en nosotros al proyectar en el aula sus estampas poéticas, su andanzas y visiones.

A los deseos del rector de *ser útil a la Escuela Normal de Salamanca*, añadimos hogaño los nuestros propios de aprovechar pedagógicamente los lienzos literarios del poeta y paseante.

Acaso, así, aprendamos todos a ver y sentir mejor los paisajes urbanos de la ciudad charra y sus campos abiertos.

1. PAISAJES POÉTICOS SALMANTINOS

Cuando don Miguel de Unamuno se acerca a Salamanca en julio de 1891 para presentarse como catedrático de griego de su universidad y conocer así su lugar

de destino, no es precisamente entusiasta la impresión que la ciudad del Tormes le produce.

Andando los días, sin embargo, las piedras doradas de Helmántica irán domando la recia voluntad de Unamuno. Muy pronto, la *Hermosura* que se eleva desde la vega del río hasta el alto cielo acabará por conquistar su amor:

¡Aguas dormidas,
verdura densa,
piedras de oro,
cielo de plata!

Las torres y los álamos que se alzan a la gloria de Dios y las aguas del Tormes que descansan también a su gloria atrapan el alma de don Miguel hasta hacer reclinar mansamente sus anhelos, como él nos dice, en el regazo divino de tanta *hermosura*.

El *alto soto de torres*, con su luz dorada, alimentará el espíritu de Unamuno ayudándole a vencer cuantos enigmas y esfinges misteriosas salen al encuentro del hombre en la noche de la vida.

1.1. ENTRE PIEDRAS DE ORO.

Callejas, rincones, sotos de torres... remansos de paz, amor y ensueños.

El paseo poético por las *piedras de oro* talladas con el cincel de Unamuno nos revela el cálido hechizo que Salamanca proyecta sobre su personalidad.

La ciudad charra, como también sus campos de mieses y encinas, irá quedando grabada en sus estampas literarias pregonando así, ya para siempre, el amor que don Miguel le profesa.

Los poemas 'salmantinos' van recogiendo, como gravillas doradas, las visiones prendidas una y otra vez en las retinas del profesor atento al discurrir diario de la vida.

Los amores incipientes de los estudiantes desfilan entre susurros y largas voces de recuerdos por las callejas de la ciudad —*cual surcos de tu campo urbano*— o quedan esculpidos, ya maduros, en las aulas del Estudio. La vieja Rúa sabe cuantos romances pasaron sus dichas y penas entre la catedral y la plaza mayor, cómplices mudas, como saben los troncos muertos de los bancos los nombres de quienes encendían los pechos de los enamorados: Teresa, Soledad, Blanca, Pura... (*Alto soto de torres que al ponerse...*)

Amores que nacieron como nace
en los trigales amapola ardiente
para morir antes de la hoz, dejando
fruto de sueño.

Luego, ya en la noche, con la luna de compañera, recoge el poeta los pasos lentos y los suspiros que vagan quedamente la calle de la Compañía en busca de la soledad de la reja y del ciprés. Tapias de conventos ocultan, después, la sed de amor desatada en la calleja por el violento batir de los corazones (*En la calleja*).

La apacible melancolía de las horas nocturnas envuelve, entonces, la retirada de otros amantes llegados a la cita con la caída de la tarde, entre el cantar de los gorriones y el reclamo de las campanas, ya cuando el poniente ilumina con sus últimos rayos el día.

También hoy, al cabo de muchas hojas nuevas y de nuevos vencejos —*los del año pasado, los de siempre*—, tenemos la ilusión de recordar, con los embelesos nocturnos de los amantes, la estampa del poeta dirigiéndose, por la desierta callejuela, hasta la aldaba de un viejo portalón. Al arrimo de las tapias, los arbolillos han sorbido ya los últimos rayos al sol; una higuera sombreada, junto al pozo, el banco de piedra y el tibio corredor de solana asisten a los baños del alma del hombre y del poeta, entre ires y venires, entre canciones de mar y de olas. Los sosegados silencios del atardecer y los repiqueteos de las campanas con sus lenguas de bronce acompañan los vuelos de los vencejos.

Si oyese usted cómo resuena entre estas viejas tapias el son pausado de sus campanas! Cuando sus vibraciones se dilatan derritiéndose en el sereno ambiente, parecen bañarse en el eco derretido estos mis pobres arbolillos...

(...) Aquí me baño el alma de mis recuerdos infantiles, reanudo mi dulce vigilia después de años de sueño...

—*Una visita al viejo poeta*—

Si, como Unamuno, cerramos los ojos para ver ...y soñamos, sus versos, mensajeros poéticos de Salamanca, nos evocarán la vega del Tormes, los rojos letreros de la ciudad, el silencio de la calle de las Úrsulas o la nostalgia del viejo campo de San Francisco, como en la *lenta tarde* de su vida las *doradas hojas* hacían soñar a don Miguel con las *pedras de oro* de Salamanca desde el lejano jardín de Luxemburgo.

Desde allí, con la caída de las hojas de otoño, se trasladaba, llevado de sus mensajeros celestes, hasta Salamanca para arar y binar sus soledades y mecer sus recuerdos bajo los árboles del campo franciscano:

Y allí... sueño y reveo aquel campo de San Francisco, de mi Salamanca, donde tantos ensueños he brizado, donde tantos porvenires he soñado. Porvenirse míos y de los míos, porvenires de mi Salamanca, porvenires de España.

—*Salamanca en París*—.

Hasta el campo franciscano de su dorada Salamanca regresaba el alma del poeta, envuelto ahora en el otoño de la vida y tocada su piel por el cierzo helado, blanco de la montaña y negro del porvenir. ¡Cuántas veces había escuchado en aquel rincón de remanso el rumor de las aguas eternas!

Ya estarán, amigo Cándido, cayendo las hojas en aquel campo de nuestros ruseñores. ¿Has ido a oír las caer? También las oye caer la Dolorosa de la Vera-Cruz. Y también las oigo caer yo, desde aquí, cuando desde esta mi jaula bajo al parquecito vecino, bajo a heñir en él la morriña. Y sueño en el porvenir de nuestra España y en el dormir el sueño de la libertad final, arropado en tierra española y bajo el cielo que alumbra y calienta el suelo de nuestros muertos.

—*Salamanca en París*—

Como llevaba Unamuno a su querido amigo Cándido, poeta ciego, hasta el campo de San Francisco en busca de los ruseñores de la arboleda y del alma, hoy también don Miguel puede guiarnos a nosotros, al cabo de muchas nieves, en pos de sosiegos e inquietudes y, al tiempo, en pos de la *hermosura* de la ciudad.

Cuando, como Augusto, nos echamos a la calle a errar a la ventura o nos disponemos a sentarnos a tientas en un banco apenas iluminado de alguna de nuestras

viejas iglesias, podemos sentir el remanso poético que producen en nosotros los cantos líricos dedicados por don Miguel a su ciudad nodriza.

Su poesía recoge, despejando la *niebla*, el bullicio cotidiano de la plaza mayor, llena de aire y de luz, con la liturgia rítmica de las vueltas y paradas de nuestros pasos e ideas; sus versos dan cuenta del vocerío estudiantil y del henchido silencio de rumores seculares que colma el Patio de Escuelas cuando quedan las aulas cerradas y mudas; graba su pluma, entre calmas e inquietudes, el gesto de apaciguamiento con el que fray Luis parece trazarnos el camino de la paz y de los sueños.

Con la caída de la tarde, podemos mecer sueños y amores, como el poeta, en los sotos verdes de las orillas del río o en los sedantes rincones de la ciudad.

Discípulos del Estudio, podemos evocar su historia recordando las grandes obras de los siglos oscuros, las hazañas de sus héroes y sus legados, como el Cristo de las Batallas del Gran Campeador; podemos rememorar antiguas leyendas nigrománticas o personajes célebres como la vieja Celestina, con sus idas y venidas, como el ciego y su lazarillo, en el puente Romano, o como el Estudiante de Salamanca en su paseo alucinatorio por las calles anochecidas tras la blanca visión (*Andanzas y visiones españolas, Salamanca*).

Discípulos del rector, podemos avivar las aguas del espíritu mientras redescubrimos la *Hermosura* de la ciudad:

¿Qué quieren esas torres?
Ese cielo, ¿qué quiere?
¿Qué la verdura?
Y ¿qué las aguas?

En los versos de Unamuno el follaje de la vera del río contempla, inmóvil, el lento discurrir de las aguas tormesinas mientras el otro follaje, el de piedra, se yergue al cielo: torres y pináculos de San Esteban, de la universidad, de la vieja catedral...

Palabras talladas en piedra, sueños de piedra, vigías de la humanidad, ... testigos de la presencia del poeta en la ciudad dorada.

Torre de Monterrey, dime mi torre,
¿tras de la muerte el sol brutal se oculta
o es la luna, la luna compasiva
del sueño madre?
—*La torre de Monterrey a la luz de la luna*—

Hoy, al cabo de muchas heladas y muchos rigores de estío, los poemas 'salmantinos' de don Miguel continúan hablándonos una y otra vez de sus visiones de la vieja ciudad, como a él, el poeta, le hablaba la torre cuadrada de Monterrey, con saludos tibios en las arrecidas mañanas de invierno o cálidas despedidas en la noche a la unción dulce de la luna.

1.2. POR CAMPOS DE MIESES Y ENCINAS.

*De las verduras del Tormes a las cumbres de Castilla,
de la cima del alma a la llanura del espíritu*

Hoy, también, los frutos líricos de la parra de don Miguel siguen ofreciéndonos el vino destilado de sus canciones y trovas de la tierra charra.

El campo castellano penetra ya en la ciudad por medio de una hermosa metamorfosis de sus piedras doradas:

Del color de la espiga triguera,
ya madura,
son las piedras que tu alma revisten,
Salamanca,
y en las tardes doradas de junio
semejan tus torres
del sol a la puesta
gigantescas columnas de mieses
orgullo del campo
que ciñe tu solio
—*Atardecer de estío en Salamanca*—

Las viejas calles, las cerradas plazas, las torres enhiestas se funden con los escarpes que del vasto tablazo de la Armuña bajan hasta las riberas del Tormes. Todo es uno, el campo y la ciudad: los lugarejos parecen esculpidos en la tierra del páramo, los árboles se vuelven columnas de templos arruinados y las fábricas de piedra de *Hermosura* son pardos corales encendidos por la luz limpidísima del sol.

Se desposan así la ciudad monumental y el campo humilde de Castilla en un matrimonio poético que no es más que el resultado de los requerimientos que ya sentía el profesor cuando desde el lejano balcón del Estudio contemplaba en el horizonte las resposadas llanuras de pan llevar o soñaba en la visión eterna de la calva Armuña, hollada luego en los largos paseos de la tarde que habrían de llevarlo hasta el campo abierto, *soñadero feliz de mi costumbre*.

Tú me levantas, tierra de Castilla
en la rugosa palma de tu mano
al cielo que te enciende y te refresca,
al cielo, tu amo
—*Tú me levantas, Castilla*—

Unamuno tiende la vista sobre los viejos pueblos castellanos asentados en tierra serena y resposada, abiertos a espacios llenos de luz que aspira el espíritu hasta lo eterno.

Tierra nervuda, enjuta, despejada,
madre de corazones y de brazos,
—*Tú me levantas, Castilla*—

Unamuno, caminante por los *viejos colores del noble antaño*, vive con los pueblecillos que sestean junto a sus mares de encinas matriarcales, donde los siglos — dice — resbalaron con largo sosiego.

Con la pradera cóncava del cielo
lindan en torno tus desnudos campos,
tiene en ti cuna el sol, y en ti sepulcro,
y en ti santuario.
—*Tú me levantas, Castilla*—

Unamuno hace suyos los pueblos tocados, como él los ve, por el sol en el agua quieta de los charcos y en las espadañas altas que alimentan el sueño de las cigüeñas en las largas horas del estío; hace suya la llanura austera y grave donde la esquila duerme y despierta a la vida y donde las alondras remontan el vuelo desde el surco para trepidar en el azul sereno.

Es todo cima tu extensión redonda
y en ti me siento al cielo levantado,
—*Tú me levantas, Castilla*—

Por doquier, con palabras engastadas en verso o en prosa íntima de diario personal, los cantos del poeta al campo salmantino, *ara (...) castellana*, van ascendiendo hasta llegar al aire de su cumbre.

El escritor vasco siente en su interior la *paz engendradora de reposo* —*paz sin tedio*— que tiende al cielo sobre el mar de encinas castellano.

Sobre este mar que guarda en sus entrañas
de toda tradición el manadero
esperan una voz de hondo conjuro
largos silencios
—*El mar de encinas*—

Las nobles encinas, de *corazón de firme roca*, nacidas *de las entrañas de la madre tierra*, parecen aguardar, mientras las nubes pasajeras lavan sus pechos desnudos alzados al desnudo cielo, el día del supremo abrazo de éste con la tierra.

En tanto, el poeta, contemplando el verdor perenne de los encinares y su calma silenciosa, trae a su mente los días de infancia o sueña esperanzas mirando también al cielo.

qué recato en las tardes bochornosas
al rumor de la fuente echar la siesta

Con palabras similares a las del poeta charro Galán, Unamuno deja que el mar de encinas, vestido de pardo viejo, acoja su cuerpo mientras el alma se dispone a soñar exprimiendo las hondas evocaciones que produce el paisaje.

El *Diario íntimo* recoge también la atracción que Unamuno siente por los largos silencios que envuelven tan gratamente su alma y sus sentidos. Los humildes pueblos agrícolas próximos a Salamanca contagian su paz de campo ancho y cielo despejado al hombre ciudadano cuando con algún motivo sale al encuentro del horizonte:

Ayer, domingo, en Canillas. ¡Qué paz allí! ¡Quién pudiera vivir y morir con ellos!

A estas palabras correspondientes al viernes 7 de mayo —comienzo del cuaderno 3.º— siguen las siguientes anotaciones:

Fuimos a Calzada a un entierro de un pobre que ha muerto de parálisis. Yo pensaba en la parálisis espiritual. Me dijeron que murió diciendo: ¡qué dulce sueño! Parecía dormido, allí, a la puerta de la iglesia.

Tras un significativo apunte colorista, Unamuno no puede dejar de manifestar su satisfacción espiritual:

Después la bendición de los campos. Mantones, pañuelos, todos sus regalos sacaron en la procesión, colgados del pendón, las mozas.
A la vuelta ayer, en aquella calmosa vega, sin ver ni una casa en todo el horizonte, bajo el cielo limpio del crepúsculo se sentía mejor el despego de todo. Allí parece colocado uno entre cielo y tierra, sobre ésta y bajo aquél.

Humildes pueblecillos, encinares, campos abiertos donde parecen fundirse cielo y tierra, ... la Castilla de don Miguel va desfilando por sus versos mientras sus ojos quedan prendidos al paisaje que le invita una y otra vez al sueño.

¡Ay, mi Castilla, junto al tren que pasa
los surcos de rastrojos que desfilan,
los surcos de recuerdos;
tierra de fin de estío, como el pan morena;
los surcos de los años,
y mis recuerdos hechos ya harina de flor de trigo,
harina para el pan de eternidad.

—*Campos, ríos, surcos*—

Los viajes de Unamuno en busca de los campos reparadores del espíritu irán recogiendo la geografía salmantina, desde los alrededores de la ciudad hasta la cima de Gredos o la Peña de Francia.

Su paleta lírica, surcando las verduras del Tormes, desde el hortal de Meléndez y el puente viejo hasta la Flecha de Fray Luis, le lleva río arriba mientras goza contemplando a Salamanca en su espejo, con sus doradas torres. Luego, Alba, *la ducal dormida villa*, dispone convenientemente, con los de Teresa, sus propios sueños para mejor columbrar las lontananzas del misterio tras las peñas de Neila.

Desde las cumbres de la espalda de Castilla, el poeta sueña dejando volar la mente atalaya abajo y posa la vista en campos y ramadas; devana pensamientos y sentires su corazón.

Otras veces, don Miguel sube hasta la Peña de Francia para hacer provisión de sol, de aire y de reposo. Allí, donde la vida es un sueño y un soplo, donde el poeta siente caer las horas, hilo a hilo, gota a gota, en la eternidad, deja vagabundear al espíritu por los campos de lo indefinido en tanto que se pierden los sonos de las salves en la cumbre. Allí caen también copos henchidos de silencio, como cae la nieve blanca, y el hombre, con el alma meditabunda, entra entonces en sí mismo (*Andanzas y visiones españolas, En la Peña de Francia, El silencio de la cima*).

Desde la cima de la visión, lejos de las concupiscencias y los ruidos de la ciudad, si el mar de nieblas no cubre los llanos, goza Unamuno contemplando los pueblecillos que se tienden a sus pies. Apostado en lo alto de la cumbre, lleva hasta lo más adentro de sus pupilas los trozos de España que salpican la alfombra desplegada ante su vista, entre el latir y el dormir de sus hombres y mujeres:

...Miranda y San Martín del Castañar, murallas y castillos derruidos
...pobres y ruinosos conventos del Zarzoso y del Maíllo
...sierras abruptas de las Hurdes y tierras llanas de Extremadura, visiones de miseria de los barrancos atravesadas por la miel digestiva de los cantos de Galán, llegados hasta la cumbre

...manchones de encinares, mar de cálidos matices sombreados de islas de verdura, camino de la ciudad
 ...verdor de Sequeros
 ...vieja y blanca ciudad de Béjar, gigantesca parva del Calvitero, picos lejanos de Gredos
 ...tejados de la Alberca, tras la loma, con la torres de la iglesia sobre sus negras calles tocadas de balconajes de madera y aleros voladizos
 ...breve aldea del Casarito, La Nava, Cereceda, El Cabaco..., pueblecillos serranos de la Peña, agazapados entre castañares, al pie mismo de la cumbre, protegidos por la Virgen y el cielo limpio
 ...remansos de paz.

Mientras miran los hombres si el cielo llueve sobre la tierra, mientras los niños juegan y las mujeres permanecen sentadas en el umbral de las puertas, mientras una moza llena el cántaro en la fuente y el agua baja entre guijarrales de la cumbre, el filósofo, a solas con la montaña, piensa en el correr de la vida, como el del arroyo, y vuelve la vista de las cumbres de la cima a las cumbres del alma y de las llanuras que se tienden a sus pies a las llanuras de su espíritu.

Del seno de este reposo siento que me invaden el alma aluviones de energía y un tumulto de pensamientos informes, de larvas de ideas que, formando nebulosa, buscan liberación. —*En la Peña de Francia*—.

En estas horas de agosto silencio en su cima, lejos del rumor de las muchedumbres alborotadas, el poeta siente deseos de planear, con las alas quietas, sobre los pueblos tendidos al pie de la montaña para remontar de las gentes el vuelo hasta los azules espacios bogados majestuosamente por las águilas.

Cuando don Miguel desciende de la cumbre se encamina hacia otros parajes, también calmos, donde los altos sueños pueden seguir acunando el manso dormir, el *derretirse dulce* en el río que fluye del mar eterno, retornando a la fuente del ser.

El viaje literario nos lleva entonces de la cima a los valles del silencio. Va apagándose el canto del armonio mientras el poeta cruza el saludo con el cartero que lleva los ecos del mundo. El cabrero sube el sendero pedregoso, el lugareño busca la nieve refrescante, el peregrino camina en pos de la paz de su salud. En el aire quedan flotando el chirriar de las cigarras, el gorjeo de los pájaros, el balar de las ovejas.

Con la caída del sol en el ocaso, las horas tranquilas de Cabrera reclaman al hombre para envolverlo en su austera soledad. Y, luego, llegado hasta este otro retiro solitario, *asilo de sosiego* de la *encina grave*, mece, como los humildes campesinos, en el nido del Cristo sus dolores y congojas, sus gozos y anhelos.

¡Ay, quién me diera
 libre del tiempo,
 en tu calma serena,
 descansar renunciando a todo vuelo,
 y en el pecho del campo
 bajo la encina grave
 en lo eterno, alma mía asentarte,
 a la muerte esperando!
 —*El Cristo de Cabrera*—

El poeta, anegada al alma, bendice la encina, inmóvil, perenne, acariciada del aire que desciende de lo alto, tocada de oraciones místicas,... encina de espíritu eterno, henchida en el seno del reposo infinito.

En la noche blanca (*Junto a la laguna del Cristo de la Aldehuela de Yeltes, una noche de luna*), sus ojos contemplarán el agua cristalina que duerme, queda, en el lecho de la laguna del Cristo. Cuando ya no brilla, como a la caída de la tarde, el rojo celeste de la tierra entre matices y cambiantes, el agua del Cristo, rasgón del cielo posado en tierra, acoge en sus brazos la luna de la noche, ya llena, y acuna en el silencio estrellado los últimos sueños del hombre; la encina, oscura y redonda, será su cómplice mensajera.

Un bálsamo divino torna al poeta a los sueños alados. El cielo ya ha bajado al campo... o, acaso, el páramo ha subido al cielo, la lluvia ha empapado su rocío en la santa hierba, el sol ha tomado la tierra. Es la hora del recuerdo cuando el hombre contemplativo observa cómo la cruz de piedra vigila, entre las tapias de barro, los sueños en el cielo *acorralados*.

Junto a estas tapias buscan el amparo
del hostigo del cierzo las ovejas
al pasar trashumantes en rebaño
y en ellas rompen de la vana historia,
como las olas, los rumores vanos.
—*En un cementerio de lugar castellano*—

Amapolas, clavelinas, magarzas, brezos y cardos pueblan el corral sagrado de los muertos; aladas semillas salvan las cercas de barro; los pájaros siembran, con piedad, otros granos entre sus cruces.

El recogimiento trascendente del poeta le lleva, en fin, hasta la cerca austera de los que ya han muerto, ceñida en el estío por el mar dorado de las espigas castellanas.

El verdor de los árboles, la mies dorada, la caída de las hojas y las nieves en la cumbre van marcando el ritmo de los días.

Las horas de don Miguel, como sus sueños, están grabadas con el rojo de las piedras doradas de Salamanca, entre sementeras y cosechas permanentes.

El regio sol de Castilla derrama su sangre en las visiones literarias de Unamuno. Los vencejos del cielo de Salamanca pueblan los cantos del poeta en las tardes de estío; hoy, y siempre, las palomas que anidan en las torres salmantinas siguen lanzando al viento sus arrullos.

Pasa, con los años, la vida del hombre, mas quedan sus cantos. Cuando ya duerme definitivamente su sueño el poeta, sus coronas líricas, tejidas con la *hermosura* de las piedras doradas de la ciudad y la de las espigas y encinas del campo, nos siguen hablando de sus amores, ya eternos —*di tú que he sido*.

Cuando puesto ya el sol, de tu seno
rebotan tus piedras
el toque de queda
me parecen los siglos mejerse,
que el tiempo se anega,
y vivir una vida celeste
—quietud y visiones—
¡Salamanca!
—*Atardecer de estío en Salamanca*—

2. MENSAJES DE LA CIUDAD Y DEL CAMPO CHARROS

2.1. *De la intrahistoria al "consuelo" de la literatura.*

Unamuno es cantor y mensajero de Salamanca. En sus composiciones 'salmantinas' se funde con los paisajes urbanos y rurales, invitándonos no sólo a paladear la vibración íntima del hombre sino también a conocer los trazos y señas característicos de los diversos motivos literarios.

El rector del Estudio, como él mismo reconoce en más de una ocasión, es destacado impulsor del renacimiento literario que tiene lugar en la ciudad charra en el cruce de los siglos. Su satisfacción por el *alborear de una nueva escuela salmantina* en la que destacan Gabriel y Galán, Luis Maldonado, Mariano Domínguez Berrueta, Cándido Rodríguez Pinilla o el joven Luis Romano es evidente¹.

Quien anima a escribir a los autores salmantinos, manifestándose orgulloso de haber exhortado a unos y otros en la tarea literaria, reconoce su entusiasmo cuando se le entra en el corazón el aire fresco del campo charro a través de la ventana poética de las creaciones locales, lo que aviva, aunque sea en clave regionalista, su aproximación cordial a la tierra que le ha tomado por hijo adoptivo.

La vinculación de Unamuno con estos escritores y su relación con un círculo selecto de hombres que hablan de lo más cercano, pasean juntos y repasan y valoran los últimos frutos literarios de la ciudad son avales incuestionables de que al insigne intelectual también le importan, con los grandes temas, otras cuestiones particulares y de menor trascendencia, que conforman por otra parte su vida.

Si del egregio pensador brotan ideas universales y profundas, el hombre de carne y hueso afincado en Salamanca se interesa por los acontecimientos locales y la literatura de la tierra, sumándose él mismo al movimiento cultural que en seguida pasa a encabezar, no por medio de jefaturas de escuela sino por requerimientos íntimos. Las 'composiciones salmantinas' de Unamuno presentan siempre la efusión lírica del poeta, transida de verticalidad trascendente, o la indagación intrahistórica, que en uno u otro caso —estampas urbanas o rurales— elevan el objeto literario muy por encima de la creación de índole meramente regional o emotiva.

Los paisajes de la ciudad y del campo de Salamanca nutren su espíritu, identificado plenamente con el entorno natural que forma ya parte de su ser. Salamanca, que ha ido penetrando hasta el fondo de su alma, ha ganado totalmente el amor del escritor vasco.

En las páginas "Al lector" que sirven de prólogo al libro de C. R. Pinilla *El poema de la Tierra*, Unamuno, tras hacer referencia a los paseos con su amigo *por esta solemne tierra castellana* y señalar su compartido amor por la lectura y el campo —tendidos sobre el prado, junto al riachuelo o la fuente—, da cuenta de las charlas con los viejos pastores y de las lecturas, *al amor de la lumbre del hogar*, de consejas, cuentos y poesías a los gañanes.

El consuelo que ejerce la literatura entre estas gentes sencillas le llenará de satisfacción: *Nunca he obtenido un éxito tan grande, ni que tanto me balagara*².

1 El prólogo de Unamuno al libro de Luis Maldonado *Del campo y de la ciudad* es un claro testimonio del contento de don Miguel por el renacer literario que por estos años caracteriza a Salamanca.

2 C. R. Pinilla, *El poema de la Tierra*. Imprenta de Almaraz, hermanos. Salamanca, s.a.

La literatura cumple evidentemente funciones importantes en la vida del hombre. La creación literaria puede resultar terapéutica —Unamuno leía *consejas, cuentos y poesías que han consolado a tantos de haber nacido*—, es formativa y didáctica; por eso elogia nuestro autor la petición de *Vidas sombrías* por parte de un campesino cuando aquél se dispone a regresar a la ciudad y alaba el hecho de que al cabo de un año el libro estuviera *entero y bien cuidado* y el relato de 'La sima' *casi aprendido de memoria* en la mente del aldeano.

Si Unamuno vaga por toda la geografía española —con ocasión de certámenes pedagógicos, juegos florales, conferencias o movimientos reivindicativos— con los deseos de *despertar al dormido* y de *agitar los espíritus*, es fácil comprender su satisfacción al comprobar el efecto de sus lecturas en los hombres sencillos del campo.

Esta función pedagógica de la literatura nos recuerda las palabras que en más de una ocasión usó para defender la cultura literaria de Galán —frente al tópico del 'poeta espontáneo'— como aquéllas que en el prólogo al libro citado de Pinilla señalan que *...fray Luis, sobre todo, y no pocos poetas contemporáneos, le enseñaron a ver y a sentir el campo*, para concluir así: *Quisiera decir que le enseñaron a verlo y a sentirlo los que le enseñaron a hablar y a escribir*³.

Si las lecturas enseñan a saber ver la naturaleza incluso a aquéllos que pasan la vida entre besanas y encinares, mejorando su relación con el entorno campestre, cuánto más necesitados están de esta ayuda literaria quienes viven alejados de los paisajes abiertos o, cercanos a otros motivos poéticos, no han sabido sentir suficientemente el alma de las piedras, torres o callejas de las antiguas ciudades.

2.2. De la didáctica poética y otros afanes pedagógicos.

Unamuno, pedagogo literario de los paisajes salmantinos —que encuentra en el campo, según él dice de Cándido, consuelo, música como la de Salinas y *abrigo contra las rudezas de la ciudad*—, puede excitar el interés de los docentes por las diversas estampas del campo charro grabadas por su pluma. Estos, por su parte, deben adecuar didácticamente los textos a sus alumnos con una selección oportuna y la utilización adecuada de los medios que estén a su alcance.

Diapositivas, montajes audiovisuales, visitas o excursiones son recursos fundamentales en la administración de aquellos fragmentos que, mediante la lectura y el comentario del profesor, podamos hacer llegar a los niños mayores de Educación Primaria.

Quien tuvo también a su cargo como rector a los formadores de maestros manifiesta sin duda su preocupación por la educación del hombre, mas no sólo en el plano teórico-filosófico sino también en la vertiente que atañe modestamente a los humildes.

La letra pequeña de la historia que llenan los sencillos, los escritos que hablan y cantan lo más simple pero evidente de la vida, los cantos y los paisajes locales constituyen un motivo de interés esencial en quien se preocupa tan ardientemente por la regeneración de sus compatriotas.

Un repaso a las publicaciones periódicas de comienzos de siglo deja al descubierto la relevancia de los brotes culturales de carácter local, de los movimientos

3 Poco antes dice el prologuista refiriéndose a su amigo Cándido: *el ser ciego es lo que permite ver más honda y más intensamente este campo, y verlo espiritualizado* y captar su silencio y sus rumores y llegar las visiones *tamizadas y cernidas, a través del oído*.

pedagógicos o de las conferencias de extensión universitaria dirigidas a los estudiantes y a otros sectores de la sociedad más alejados del estudio, como demuestran los experimentos llevados a cabo, por ejemplo, entre la población minera asturiana⁴.

Así como es necesario estudiar a fondo la verdadera relación de Unamuno con la literatura local salmantina, igualmente, dentro del campo cultural y educativo, acaso debamos hacer una cala particular en busca de las vinculaciones del rector con el discurrir pedagógico que tiene lugar en su Estudio.

En lo que a la Normal se refiere, la prensa local, que recoge con mucha frecuencia notas sobre la vida académica y artículos de orientación didáctica, testimonia la presencia de sus representantes y profesores en actos y acontecimientos diversos ligados a la Universidad. Además de las presidencias compartidas del rector y de los directores de ambas Escuelas en conferencias y significativas sesiones protocolarias, conocemos episodios y polémicas como la que tiene lugar a finales de 1903 con la destitución del director Gonzalo Sanz⁵.

El apoyo del rector a las iniciativas encaminadas a perfeccionar la labor pedagógica de los docentes encargados de la Enseñanza Elemental resulta claro, como se desprende de estas palabras de agradecimiento que Blázquez expresa a propósito de las conferencias programadas por la Normal para el mes de julio de 1904:

Merece también la más digna alabanza nuestro simpático Rector, puesto que en el momento de tener conocimiento de ello, se puso a disposición de la comisión y ofreció el Paraninfo para que se celebre allí todo.

¡Cómo no habría de ayudarnos Unamuno, si nos trata como compañeros! ('Para maestros', El Adelanto, 17 de mayo de 1904).

Unamuno tiene diversas relaciones, por su doble condición de rector e intelectual, con el sector educativo de la pedagogía y con la Normal como centro formador de maestros⁶.

Pero también el literato y el hombre nos enseñan en sus poesías e impresiones

4 La efervescencia cultural queda de manifiesto, en lo que atañe a Salamanca, en las páginas de El Adelanto. Notas o reseñas de la Universidad y, en concreto, de la Normal y la vida pedagógica que en torno a este centro gira hablan de la importancia que cobra lo educativo por estas fechas. La creación en 1904 por el diario local de la sección 'Para maestros' y las polémicas que origina entre los docentes con las diversas corrientes de opinión indican el alto grado de seguimiento que tiene la temática educativa.

El 21 de abril de 1904, día en el que el pedagogo Filemón Blázquez inicia la referida sección, se da cuenta también en El Adelanto del escrito firmado por el rector —Unamuno—, la directora de la Normal de maestras y otras personalidades sobre la pretendida Universidad Hispanoamericana, apareciendo igualmente, para volver a la enseñanza, una de las frecuentes "entregas" que sobre la tarea pedagógica enzarzan polémicamente, en esta ocasión, a José Sánchez Rojas y Sánchez Gómez, destacado alumno de la Normal en los movimientos universitarios salmantinos de entonces.

5 No conforme con la resolución del conflicto por medio del nombramiento de Pedro Díaz Muñoz, Unamuno retendrá los despachos del ministro de Instrucción Pública impidiendo su toma de posesión. Los bandos que enfrentan a la prensa local de entonces (El Adelanto/El Lábaro) se harán eco, como en otros casos famosos, de estos sucesos universitarios manifestando con claridad su postura. Sanz, al ser repuesto en su cargo, dará las gracias al señor Rector *porque una vez más honra la Escuela con su presencia* en tanto que *Unamuno, por último, repitió ser sus deseos de siempre el ser útil a la escuela Normal de Salamanca* (El Adelanto, 22 de abril de 1904).

6 Entre sus contertulios del Casino cuenta con la presencia de don Juan Francisco Rodríguez, director por otras fechas de la Escuela Normal de Maestros —casado con la inspectora de Magisterio doña Victoria Adrados—.

paisajísticas a ver y a sentir los elementos que configuran los entornos urbanísticos y campestres más cercanos.

Junto a Gabriel y Galán, maestro y poeta del *Granero* charro, Unamuno, desde su *Escuela*, interioriza, hasta exprimir las esencias de cada objeto poético, las *hermosas* estampas que se ofrecen ante su vista.

Si el verso de Galán llega fácilmente a los niños y a los *ocultos del mundo de la cultura*, también la voz de Unamuno puede tener un aprovechamiento en el aula como guía literaria del profesor, iluminadora de los paisajes urbanos y rurales que envuelven su vida y la de sus alumnos.

A la *alabanza* del rector por su *deseos de siempre de ser útil a la Escuela Normal de Salamanca*, añadimos hoy, a los cien años de su llegada a las orillas del Tormes, otra alabanza, la del escritor volcado en los paisajes de la ciudad y del campo charros, con nuestro agradecimiento por la profunda interiorización de que siempre es objeto *Hermosura* y sus tierra de mieses y encinas.